

Señor de ducentos, y setenta y cinco; y en el quinto año de el Emperador Aureliano. Su santo cuerpo fue sepultado en la via Aurelia, dos millas de Roma, en vn cinerario propio suyo, adonde el avia hecho, y consagrado vn templo.

**LA VIDA DE SAN FERNANDO,**

*Rey de Castilla, y Leon,  
Confessor.*

A 30. DE  
MAYO.

**S**AN FERNANDO, Rey de Castilla y Leon de Don Alonso el Nono, Rey de Leon, y de Doña Berenguela, que primero fue Infanta; y después Reyna de Castilla. Su Padre fue valeroso Rey; zeloso de la Religión amigo de la justicia, enemigo de los infieles, Padre de sus vasallos; liberal con los pobres, especialmente con los Religiosos, y tan aficionado al sagrado Culto, q̄ trala consigo muchos Eclesiásticos, que celebrasen en su presencia solemnemente los Oficios Divinos, todos los dias; aque deflució algo tantas prendas con el enojo implacable, que tuvo con su hijo, por dar oídos a chifmes de hombres, que por congratarse con él le pusieron mal con su hijo Don Fernando, y su esposa Doña Berenguela. A la madre de el Santo dan las Historias los titulos de santísima, devotíssima, prudentíssima, sapientíssima, Reyna sin segunda, espejo de toda España, y consejo de los Príncipes de ella. Esta es, dize Don Lucas Obispo de Tuy, la que reprimió la Fè en Castilla, y Leon, la que reprimió los enemigos de el Reyno, la que edificó magníficos Templos, y la que enriqueció las Iglesias, y verdaderamente merece todos estos Elcgios, porque fue vna Reyna incomparable, digna madre, y Maestra de tan Santo, y excelente Rey, como nuestro Fernando: el lugar de su nacimiento no se sabe, compitiendo muchos lugares, por la honra de ser su patria porque los de Guadalaxara dizen; que nació en vna torre suya llamaea la torre de el Infante, otros escriven, que nació en vn monte entre Salamanca, y Zamora, que por esto le llamaron montano, ò Mōtecino; otros que nació en Toro; otros, que en Leon, Corte de los Reyes, mas no sin particular Providencia, quiso Dios que se ignorasse el lugar de su nacimiento, para que no sabiendose su patria en la tierra, se cono-

ciessen que era vn Rey venido de el Cielo ó porque el Rey no es natural de vna ciudad, ò pueblo, sino de todo el Reyno, para cuya utilidad nace. Tampoco se sabe el año cierto de su nacimiento, pero fue al tiempo, que en Francia se iba estendiendo la heregia de los Albigenes, y en mucha parte de España reynava la secta de mahoma. quando Dios embió al mundo las Sagradas religiones de Santo Domingo, y San Francisco dando á aquellos dos valerosísimos Caudillos, por compañeros á Fernando, para que quando ellos con sus sagradas compañías de Religiosos destruian con la palabra las heregias; Fernando con los esquadrones de sus soldados, desterrasse de España con las armas el Alcoran, y dilatasse los terminos à la Fè.

El nombre de Fernando, y su Reynado, fue profetizado maravillosamente muchos, años antes de su nacimiento porque queriendo vn Hebreo en la Ciudad de Toledo estender los linderos de vna viña suya, rompió vna peña, y halló dentro vn libro tan milagrosamente encerrado, como lo manifestó el no tener la piedra ninguna endadura, por dō de pudíesse aver sido puesto en ella. Tenia este libro las hojas de madera muy sutil, y estava escrito en tres lenguas, Hebra, Griega, y Latina: hablava de tres mundos, desde, Adan, hasta el Antè-Christo, y declarava las propiedades de los hombres, que avian de vivir en aquellos tiempos. Y en el principio de el tercero mundo, dezia: Que el Hijo de Dios avia de nacer de la Virgen Maria, y avia de padecer por la salud de los hombres. Contenia tambien el libro que avia de ser hallado, Reynando en España el Rey Don Fernando. Admirado el Judío de tan raro suceso, y maravilla, se convirtió à la verdadera Religion, él, y toda su familia. Tambien se dize, que estando el Rey Don Alonso el Octavo Abuelo de nuestro Fernando, enfermo, y furioso por la muerte violenta de aquella muger lasciva, llamada Fermosa, se le apareció vn Angel, y le dixo: que en castigo de sus pecados, no se lograrían sus hijos varones; mas que se restauraria esta perdida, por vna hija, suya madre de vn Principe milagroso, conquistador de nuevos Reynos, y Propagador de la Fè Catolica. Después q̄ nació Fernando siendo de pocos años,

fuer-

fueron profetizadas sus felicidades por San Juan de Mata Patriarca de la Sagrada Orden de la Santísima trinidad, segun refiere Gil Gonzalez Davila, porque hallandose el Santo Rey con su Padre Don Alonso en Burgos à tiempo que San Juan de Mata tratava de fundar allí vn Convento de su Religion; el Rey, conociendo su santidad le rogó que bendixesse à sus hijos; y llegando el Santo à Fernando dixo: que avia de tener muchas felicidades en Castilla, y avia de recibir muy especiales favores de Dios.

Crío la Reyna Doña Berenguela à los pechos à su hijo Fernando, como Doña Blanca su hermana à San Luys, hermanas verdaderamente dignas de eterna alabanza, que criaron à sus pechos dos Reyes Santos, y siglo verdaderamente de oro para España, y Francia, en que merecieron vn Luys, y vn Fernando, y pudieran competir en la santidad de sus Reyes mejor que aora en las armas, si huviera batallas en el Cielo. Parece que mamó el niño con la leche las virtudes de su santa Madre, y ella en teniendo vfo de razon le crió en temor de Dios, y buenas costumbres, y le dió Maestros que le enseñassen las letras, y artes que convienen à vn Principe. Con esto no tuvo el Santo Rey en su niñez mas que el nombre de niño, porque en las costumbres era anciano, como escriven Don Lucas de Tuy. En la mocedad resplandeció en él todo genero de virtud, y especialmente la Religion, la honestidad, la modestia, la prudencia, y la misericordia, no conociendose en él ningun vicio; à que le ayudò mucho el estar siempre ocupado, y nunca ocioso, porque el tiempo que no gastava en la devocion, ò las armas, ocupava en leer historias para sacar de ellas acciones, que imitar, y hierros que huir; con que copió en sí las virtudes de los Reyes sus Progenitores, y huyó sus vicios, para hazer vn Principe cabal, y perfecto. Era obedientíssimo à su madre, y duró esta obediencia, aun después de aver empezado à reynar, todo el tiempo que su madre vivió; estando sugeto à la voluntad de su madre, como pudiera vn humilde discipulo à su Maestro, segun dize Don Lucas de Tuy; y como algunos de los ricos hombres murmurassen, de que después de ser Rey estuviessse tan rendido à su madre; dixo el Santo, en dexando de ser su

hijo dexarè de serle obediente.

Sucedìo en Palencia la muerte desgraciada de Don Enrique el Primero, joven de pocos años, hijo de Don Alonso el Octavo, aviendo reynado dos años, y nueve meses. Sucedìole en el Reyno Doña Berenguela su hermana mayor, que à la sazón estava en Castilla apartada, y repudiada de el Rey de Leon, por mandado de el Sumo Pontifice, à causa de el parentesco; y antes que el Rey de Leon supiesse la muerte de Don Enrique, la qual procurava ocultar aun de la misma Reyna, el Conde de Lara, por no perder el mando que tenia viviendo el Rey, le embió à pedir con toda pressa, que le embiasse à su hijo Don Fernando, para que la defendiesse de la tirania de los Condes de Lara, que le hazian guerra declarada, y la avian cercado en Otella (aunque después levantaron el cerco) sin descubrirle al Rey la muerte de su hermano, porque no hiziesse pretension de la Corona à titulo de esposo. Embió el Rey de Leon à su hijo, y el vino à Otella, donde estava su madre, sin saber à lo que venia. Doña Berenguela se hizo luego jurar por Reyna de Castilla, y después hizo publica renunciación de el Reyno en su hijo. Fue aclamado por Rey Don Fernando en la Ciudad de Naxara, debaxo de vn olmo, segun la llaneza de aquellos tiempos, y se alçaron los estandartes por el nuevo Rey, y hizieron las demás solemnidades: luego pasó acompañado de los ricos hombres à la Ciudad de Palencia, que se le allanò facilmente, y después la Villa de Dueñas con las armas. Pretendia el Conde de Lara D. Alvaro ser tutor de el nuevo Rey, como lo avia sido de Don Enrique; pero ni la edad de Fernando, que era de diez y ocho años; ni la prudencia, que era de mucha edad, necessitava de este arrimo; por lo qual la Reyna Doña Berenguela, temiendo los rompimientos que podia aver en Castilla, ocasionados de el Conde, y los que se podían temer de Leon, queriendo el Rey su marido la Corona para sí, antes que para su hijo; convocò Cortes generales en Valladolid, donde se decretò, que la Reyna Doña Berenguela era la heredera legitima de su hermano Don Enrique; y segunda vez cediò la Corona en su hijo Don Fernando, y fue aclamado por Rey de Castilla en vna de las Plaças de Valladolid.

de

de donde fue acompañado de señores, y ricos hombres, y innumerable pueblo à la Iglesia mayor, donde jurò los privilegios de el Reyno, y los vassallos le hizieron sus acostubrados omenges; y el rindiò las gracias al Rey de los Reyes, poniendo à sus pies la Corona, que el mismo le avia puesto en la cabeça.

En sabiendo el Rey de Leon lo que passava en Castilla, y la cautela con que Doña Berenguela le avia llevado à su hijo, embió primero à su hermano Don Sancho con grueso exercito à las fronteras de Castilla, y luego entrò el con otro mayor por la tierra de Campos, haziendo tantas hostilidades en las tierras de su hijo, como si fueran de su mayor enemigo. No quisieran Doña Berenguela, ni Don Fernando, hazer guerra à vn esposo, y padre: trataron de pazes; pero el Rey de Leon, persuadido de su ambicion, y de las promessas de el Conde Don Alvaro, que como mal contento se puso de su parte, no diò oidos à los Obispos de Burgos, y Avila, que le embió su hijo por Embaxadores, y prosiguiò sus hostilidades hasta Burgos, pretendiendo apoderarse de aquella Ciudad por fuerza de armas; pero saliendoles al oposito vn exercito de Castellanos, aunque muy inferior en el numero al de los Leoneses, como le favorecia la justicia, y le acompañava el valor, hizo retirar al Rey de Leon, y à los suyos con mas prisa, que avia venido. Cò este buen suceso, embiaron à Fernando sus Embaxadores, para darle la obediencia, algunas Ciudades engañadas de el Conde Don Alvaro, y à èl le quitò por fuerza de armas otros pueblos que tenia tiranizados.

Celebrò Cortes en Burgos, y ganò tanta fama de prudente, y religioso Principe, que luego se le rindieron muchos lugares, que estavan à devocion de el Conde; y cogió al mismo Conde, y usando de grande clemencia le perdonò la vida, y le admitió en su gracia, y à Don Fernando hermano de el Conde, que aun se resistia, y no quería entregar à Castrogeriz, y à Orcion, le concedió por via de concierto, que viviese en nombre de el Rey los pueblos de que se nombrava señor. Pero bolviendo el Rey de Leon con su exercito reclutado a Castilla, los Laras se bolvieron à inquietar, y à llamarse señores de los lugares, y

el Santo con fuerza de armas los hizo huir de Castilla, y passarse à Leon; pero estando para darse la batalla entre los dos exercitos de Castilla, y Leon, no pudiendo sufrir el Santo Rey, que se derramasse la sangre de sus vassallos, que lo eran ya, y lo avian de ser despues, ni que se dixesse que vn hijo, aunque con tan justa causa hazia guerra à su padre, le escribiviò vna carta, en que se quexa amorosamente de que le haga guerra sin causa; deviendo alegrarse de su felicidad; y concluye, que no teme hazer guerra à ningun Rey del mundo, pero que no puede hazer cela à èl, que es su padre, y señor, y que por esso le conviene sufrir, hasta que conozca lo mal que haze. La respuesta de su padre fue, que le movia à hazer la guerra el interés de cantidad de maravedises en que estava defraudado su Reyno; que satisizo prontamente el Rey Don Fernando, sin mas averiguacion, y con esto se ajustaron las pazes. Aunque el Santo Rey era castisimo, sin verse en el señal alguna que oliese à menos pureza; con todo esso, quando tuvo edad competente, pareció à la Reyna Doña Berenguela su madre, que se casasse, y para esto eligió à la Infanta Doña Beatriz hija de Phelipe, que fue Emperador de Alemania, y de su muger la Emperatriz Doña Irene. Ajustaronse las bodas, y fue traída la Infanta a Castilla, donde se desposò con el Rey D. Fernando en la Ciudad de Burgos, velandolos el Obispo de Burgos Mauricio, aviendo celebrado el dia antes Missa de Pontifical, en el Monasterio de las Huelgas, en que el Santo Rey se armò à si mismo Cavallero. Fue la Reyna Doña Beatriz, como dize el Arçobispo D. Rodrigo, excelentissima, hermosa, sabia, y honesta, y diòle al Rey siete hijos, Don Alonso, Don Fadrique, don Felipe, Don Sancho, Don Manuel, Doña Leonor, que murió niña, y Doña Berenguela, que tomó el habito en el Convento de las Huelgas de Burgos. Muerta Doña Beatriz, casò segunda vez con Doña Iuaná, hija de Simò, Conde de Putiers; y de este matrimonio le nacieron tres hijos, Don Fernando, llamado de Putiers, Doña Leonor, y Don Luys. Mas bolviendo al hilo de nuestra narracion, sucedió la muerte de el Conde de Lara, y su hermano don Fernando, con que cobró mayores esperanças de paz Castilla, y así le fue mas fácil al Santo Rey

fosse-

fossegar algunas alteraciones de menor monta, que se levantaron: y en viendo reprimidas las parcialidades de Castilla, y fessagadas las alteraciones, para hazer vassallos leales, de los que avian sido infieles, y porque la paz fuesse perpetua, y durable, diò perdon general a todos los que le avian deservido, y mandò que todos sus vassallos hiziesen lo mismo, y olvidassen las enemistades, que entre si tenian, y los agravios recibidos: ganò a los nobles con honras, y mercedes, y a los plebeyos con la liberalidad, y el agrado para el gobierno de las Ciudades, nombrò a los que en virtud, y prudencia se adelantaron a los demás, y a los que entendia fer mas acceptos a los vassallos, proveyò, que en los Tribunales se hiziesse justicia, y se mirassen con misericordia las causas de los pobres. Entraron por entonces en España algunos hereges Albigences, y el Santo era tan enemigo de ellos, que no contento con hazerlos castigar a sus Ministros, èl mismo traía la leña en sus ombros, y se la aplicava para quemarlos. Finalmente, puso buen orden en todas las cosas de su Reyno, con tanto acierto, y prudencia, como si huviera Reynado muchos años, y le huviera enseñado la larga experiencia el arte de reynar; pero enseñavale Dios en la oracion, en que gastava mucho tiempo, pidiendole luz para acertar, diligenciandola con ayunos, penitencias, y frecuencia de Sacramentos. Con estas, y otras virtudes, tenia tan ganados a sus vassallos, que era mas Rey de sus coraçones, que de las Ciudades, y Lugares de su Reyno.

Aprovechándose el Rey de esta buena voluntad de sus vassallos, y conociendo que Dios le avia puesto en vna mano el Cetro, para que tomasse en la otra mano la espada vengadora de sus injurias, determinò hazer guerra a los Moros que tiranizavan grande parte de España; y conquistar los Reynos, y Ciudades que posscian, no para estender los limites de su Imperio, sino para aumentar los terminos de la Religion Christiana. Con saber que el Rey salía à pelear, se le juntò luego vn buen golpe de exercito, y entre ellos los señores, y Cavalleros mas principales de su Reyno. Con esta noticia, y algunas entradas que hizieron en el Reyno de Valencia, los de Cuenca, Huete, y otros de aque-

lla comarca, el Rey Moro de Valencia, que se llamava Venzuit, temeroso de la guerra que amenzava a sus fronteras, embió à pedir licencia al Rey Don Fernando para verse con èl en Cuenca, que avia hecho su plaza de armas, y el Santo Rey le recibió con mucho agasajo, y le diò silla debaxo de su docel, y el Moro vencido de el agasajo mas que antes de el temor, le ofreció perpetuo vassallage, y se bolvió a Valencia; y ay quien diga, que poco despues dexò la secta de Mahema, y recibió la ley de Iesu-Christo. Hizo entrada el Santo Rey en Andalucia, y en passando Sierra Morena vinieron Embaxadores de Mahomad Rey de Baeza a ofrecerle la obediencia, y que estava prompto para rendirle la Ciudad, y asistirle con dineros, y vituallas contra los que le hiziesen resistencia. Estos dos Reynos tributarios fueron las dos primeras victorias que le diò el Señor sin sangre por prenuncio de las que despues le avia de dar en lo restante de su vida. Y si quisieramos contar todas sus guerras, y conquistas fuera cosa muy prolija, y agena de nuestro proposito. Baste dezir aora, que en treinta y cinco años que reynò, andando siempre en Campaña con las armas en la mano, no intentò empresa con que no saliesse, ni entrò en batalla que no venciesse, ni sitiò Ciudad, ó fuerza que no rindiesse, ni acometiò Reyno que no avassallasse: cosa prodigiosa, y mayor que toda admiracion. Vnos Reyes se le rendian vencidos de el temor de su poder, otros ganados de su afabilidad, y trato; otros de la fuerza de sus armas, y en todas ocasiones era singularmente favorecido de Dios, en quien ponía toda su confianza, no en sus esquadrones. Repetia en todas sus peleas, las palabras de el Profeta David: *Dominus mihi adiutor non timebo quid faciat mihi homo.* El Señor està en mi ayuda, no temeré quanto me puede hazer el hombre. Y favoreciale Dios tanto, porque en todas sus batallas no buscava su propia gloria, sino la gloria de Dios. Preguntado, qual seria la causa de que sus dichas eran mayores que las de sus antepassados, respondia: pudo ser, que mis Antecessores cuydassen à vezes mas de estender su grandeza, que de introducir la Fé; de multiplicar vassallos, que de aumentar Altares; y con esto esmalograsen sus designios. Y en el mismo esquadron, y ocasion

cion de acometer, folia levantar los ojos, y las manos al Cielo, y dezir con grande afecto: Tu, Señor, que conoces los corazones, y te son patentes los mas secretos pensamientos, sabes, que no busco mi gloria, sino la tuya, y que no deseo tanto el aumento de los Reynos caducos de la tierra, quanto el aumento de la Fè Catolica, y Religión Christiana. Quando avia de salir à batalla, principalmente en la conquista de Sevilla, se armava el pecho, y los brazos con vn interior filicio. Antes de emprender la guerra, y mientras durava, precedian, y la acompañavan sagradas romerias, oraciones, y sacrificios, implorando el favor de Dios, de Maria Santissima, y de los Angeles, y Santos, a cuyo culto, y veneracion, dedicó siempre los despojos de sus victorias, y colagró los lugares de sus triunfos; y con esso no es maravilla, que peleasse por el Cielo, y que la victoria se alistasse debaxo de sus vanderas, y que se cuenten sus batallas por sus victorias, y sus empresas por sus triunfos.

Despues de aver entrado en el Reyno de Castilla, y pacificadole sin sangre, no sin particular favor de el Cielo, le introduxo Dios aun con Providencia mas maravillosa en el Reyno de Leon. Murió por los años de mil y doscientos y treinta y dos, el Rey Don Alonso su padre, dexando por heredera à Doña Sàcha, y Doña Dulce, hijas de su primera muger Doña Teresa, desheredando sin razon, ni justicia al Santo Rey. Fue este à tomar la possession de el Reyno de Leon, y le halló mas llano de lo que pensava, porque los pueblos le abrian las puertas, y le festejavan, llamandole Rey pio, y bienaventurado, con otros titulos, y renombres: la Ciudad de Toro, fue la primera, que le embió la obediencia por sus cartas, y assi mereció la honra de que se coronasse en ella el Santo por Rey de Leon. Con todo esto en la Ciudad de Leon, resistian a la possession, y entrada de el Santo Rey, algunos hombres poderosos por sus particulares interesses, apoyando el derecho de las Infantas, queriendo mas ver el Cetro en manos de vna muger, que de vn Rey tan poderoso, por poder, ellos tener mas parte en el mando. Entre los demas se señaló particularmente Don Diego Lopez de Haro, hijo de la Condesa Doña Sancha, haziendo se fuerte con sus Aliados

en la Iglesia, y torre de San Isidro, desde donde publicavan por Reynas a las Infantas; pero el Cielo con vn suceso milagroso lo pacificó todo, y facilitó al Santo Rey la possession, porque de repente le sobrevino à Don Diego Lopez de Haro vn dolor de cabeza tan vehemente, que le parecia le sacavan los ojos, y que se le acabava la vida. Apareciósele San Isidro, y amenaçóle con la muerte, sino se rendia al Santo Rey, y obligado de el dolor, sin ver con quien hablava, le oian repetir con alaridos disformes: Dexame de atormentar, Isidro, que yo hago voto à Dios, y te prometo de dar la obediencia al Rey Don Fernando. Con esto sintió alivio en su dolor, y entregó al Obispo de Leon Don Rodrigo la Iglesia, y Torre, y este al S. Rey D. Fernando, que fue recibido en Leon con pompa real, y en esta Ciudad fue coronado solemnemente de el Obispo Don Rodrigo. Milagroso fue tambien el triunfo, que alcançó el Santo Rey, de los Moros de Xerez de la Frontera. Embió à esta conquista al Principe Don Alonso su hijo, y à Don Albar Perez de Castro, con tan poca gente, q para cada Christiano avia diez Moros. Travóse la batalla, con grande sobervia, y confianza de Abenuth Rey de Xerez, que tenia la victoria por segura, pero presto se declaró la victoria por los Christianos, que quitaron la vida à innumerables moros, que avian visto al Patron de las Españas Santiago, y à otros hermosísimos Cavalleros vestidos de blanco peleando por los Christianos.

No fue menos maravilloso el suceso de la Peña de Martos, quando la Condesa Doña Irene con solas sus mugeres, por los meritos de el Santo Rey, defendió aquella fortaleza de vn poderoso exercito de Moros, hasta q le vino socorro. Aviendo desamparado de noche, y secretamente el Maestre de Calatrava, y los Christianos el Alcazar de Baeza, donde estavan de guarnicion, juzgando imposible el conservarle, por hallarse cercados, y acometidos de innumerables Moros, bolviendo los ojos àzia el castillo que avian dexado, vieron sobre su omenage vna Cruz resplandeciente en el aire, y entendieron, que el Cielo marcava aquella Ciudad por los Christianos, y los llamava para entregarsela. Bolvieron al Alcazar, y se conservaron en el, hasta que vinien-

vinienoles socorro ganaron la Ciudad; atribuyendo todos este milagroso suceso à las oraciones, y merito de el Santo Rey. Quando el Rey determinó conquistar à Sevilla, embió à Don Pelayo Correa Maestre de Sàtiago, cò parte de sus tropas de la otra parte de Guadalquivir, à vista de Amalfarache Villa fuerte, y muy poblada de Moros, donde hizo cosas hazañosas; mas vn dia saliendo de su alojamiento con bué numero de gente àzia Sierra Morena, y confines de Estremadura, en el sitio que llaman la Calera, travó vna sangrienta batalla con innumerable multitud de Moros, estuvo mucho tiempo dudosa la victoria, hasta que declarandose por los christianos, los Moros se pusieron en huida, y dizen muchos, y graves Historiadores, que viendo el valeroso Capitan que le faltava el dia para dar el alcance à los enemigos, y perficionar la victoria, algó los ojos al Cielo, y à la Virgen Santissima, cuyo dia era, y con grande confianza, le dixo: *Santa Maria, detén tu dia.* Y obedeciendo Maria à la voz de Don Pelayo, como dize la Escritura, que obedeciò Dios à la de Iosue, se repitiò el mismo prodigio, parandose el Sol en el Cielo todo el tiempo que fue menester, para que el Capitan consiguiesse la victoria. Notaron despues los que assistian al Rey, que estava al mismo tiempo en oracion, bueltos los ojos al Occidente, y atribuyeron el averse parado el Sol, mas à la oracion del Santo, que à la voz del maestre. En memoria de este prodigio, dedicó el Maestre Don Pelayo à la Reyna de el Cielo, vn Templo en aquel sitio, con nombre de Santa Maria, detén tu dia, y oy abreviado se llama, Santa Maria de tu dia. A este prodigio se siguió otro, porque estando el exercito muy fatigado, y sediento, sin encontrar agua, el Maestre qual otro Moyses hirió con la lança vn peñasco, en nombre de Dios, y de su Santissima Madre, y luego brotó vna clara, y copiosa fuente de agua, con que bebió, y se refrigeró todo el exercito.

Dexando muchos sucessos, y providencias singulares, con que favorecia el Cielo al Santo Rey; basta dezir, que Fernando pacificó los Reynos de Castilla, y Leon, que avia heredado; hizo tributarios à los Reynos de Valencia, y Granada; conquistó à los de

Murcia, Cordova, Jaen, y Sevilla, y en tantas conquistas, y victorias, tuvieron mas parte sus oraciones, que sus armas, y el favor de el Cielo, que el valor de sus soldados. Solamente hablaremos de la conquista de Sevilla, donde se amontonaron los milagros, si se puede dezir assi, y por esso es justo hablar mas en particular de los sucessos de esta conquista, y porque juntamente se verá la prudencia militar, y Christiana de el Santo Rey. Aviendo sitiado el Rey Don Fernando à la Ciudad de Sevilla à lo largo, por tener pocos soldados, y el Rey de Sevilla Ajathaph innumerable exercito, vino su hijo el Infante Don Alonso, acompañado de muy luzidas tropas; con este socorro, estrechó el sitio de Sevilla, con determinacion de no desistir de la empresa, aunque fuisse menester morir en ella. Dispuso todas las cosas, como para vn largo sitio, de manera, que tuviesen los soldados alguna comodidad, y abundancia de lo necessario. Sus Reales parecian vna numerosa Corte, à otra Sevilla Christiana, o puesta à la que poseian los Moros, porque formó diferentes plaças de madera para las virtuals, calles en que estuviesen repartidos los artifices, como para las otras cosas necesarias à la vida humana. Hizo tres Templos en q se celebrasse el Sacrificio de la Misa, y le oyessen los soldados, y colocò en los tres Tèplos tres imagenes de la Virgè q traia sièpre, consigo. Estando en oracion el Santo Rey en vno de estos Templos, se le apareció San Isidoro Arçobispo de Sevilla, y le mandó que levantasse sus Reales, y se acercasse à la Ciudad, porque la cogeria, aunque à costa de muchos trabajos. Aun no tenia bastante gente para poner sitio regular à Sevilla, y como valeroso, y prudente Capitan repartió los soldados en sus puestos para que embarcassen todos los caminos Reales que guiavà à las puerta de Sevilla, poniendolos en distancia que pudiesen ayudarse vnos à otros en las ocasiones. Hazian los moros diversas salidas de la Ciudad; pero como siempre llevasen la peor parte, determinaron defenderse dentro de los muros de Sevilla. Con esto iba el cerco muy à la larga, y aviendo pasado vn año, considerando el Santo, que sus Reynos estavan muy gastados, y no le podìa socorrer cò mas caridad de la que hasta allí

le avian focorrido, siendo necesario conservar, y sustentar alli el exercito, de consejo, y contentimiento de los tres estados mandò labrar gran suma de moneda con el mismo cuño que hasta alli tenia, mas no se le echò mas que la mitad de la justa ley, y quilates, y el Rey prometió, que pasada esta necesidad, pagaria à todos los que tuviesen esta moneda lo q̄ faltava de el justo precio, como despues lo cumplió. Animó tambien à los soldados con la confianza en Dios, y con el favor de su Santísima Madre, que como le avian movido à esta empresa le ayudarian para darle cabo: Y no le faltò el favor que se prometia, porque recogiendo se vna tarde à orar à vno de los Tèplos que avian fabricado en sus Reales, en el qual tenia la Imagé de N. Señora de los Reyes, perseverò algunas horas en oracion implorando el favor de la Reyna de los Angeles, llorando sus culpas, à las quales atribuia la dilacion de aquella empresa, y oyò claramente de la boca de la Virgen estas palabras: *En mi Imagen de la Antigua, de quien tanto sia tu devocion, tienes continua intercessora, prosigue, que tu vencerás.* Estava por especial providencia de Dios la Imagen de la Antigua dentro de Sevilla en la Mezquita de los Moros, y el Santo Rey, siendo ya muy entrada la noche, absorto, y fuera de si salió de el Tèplo donde avia recibido el favor de la Virgen, y movido de superior impulso se fue à Sevilla, y llegó à la puerta de Cordova, donde encontró vn mancebo gallardo, y hermoso, que se cree era su Angel de guarda, el qual caminando delante, y haciendole señas, para que le siguiesse, le llevó por las calles de Sevilla à la mezquita mayor; abrieronse las puertas, y entrado dentro vió, y adoró la Imagen de Maria con increíble gozo de su corazón; y despues de aver orado, y pedido favor à la Reyna de el Cielo, y recibido de ella los favores, q̄ no merecimos saber, salió de la Mezquita, para bolverse à sus Reales, y reconoció aversele caido la espada; la qual encontró al salir por la puerta de Cordova, mostrándole Dios, y la Reyna de el Cielo, que no necesitava de armas en aquella Ciudad de enemigos, porque ellos le defendian, y guardavan en mayor, peligro.

Finalmente, apretando cada dia mas el Santo Rey à Sevilla con su gente, y ven-

ciendo à los Moros en diferentes encuentros, el Rey Ajaraph le rindió la Ciudad solo con condicion que les guardasse las haziendas, y las vidas, dia de San Clemente à veinte y tres de Noviembre de mil ducientos y quarenta y ocho, aviendo durado diez y seis meses el sitio. Entregaron los Moros al Rey las llaves, y los Judios, q̄ avia en la Ciudad de Sevilla, le entregaron otra que oy se conserva en la Santa Iglesia de aquella Ciudad en el arco donde se venera el cuerpo de el Santo Rey. Es de diferentes metales, y tenia dos inscripciones de caracteres Hebreos, que profetizavan al parecer este suceso, y entrada de el Santo Rey; vna inscripcion, estava en las guardas, y dezia assi: *Dios abriera, y el Rey entrerà.* Otra en el anillo de la llave que dezia: *El Rey de los Reyes abriera, y el Rey de toda la tierra entrerà.* Eligió el Rey para entrar triunfando en Sevilla el dia veinte y dos de Deziembre, de mil ducientos y quarenta y ocho, por ser consagrado à la translacion de S. Isidoro su Arçobispo, y reconociendo, que à la Reyna de los Angeles: se devia esta victoria, quiso que ella triunfasse; y assi se despues vna solene procession, en que iban delante los Capitanes, Cabos; y gente luzida de el exercito, marchando en forma militar al son de cajas, y clarines: à estos se seguian los Maestres de las Ordenes Militares, ricos hombres de Castilla, y Leon y muchos Nobles y Cavalleros de Aragon, que acompañaron al Principe Don Alonso en esta còquista. Seguianse despues algunos Religiosos, y entre ellos San Pedro Nolasco, Fundador de la Orden de N. Señora de la Merced, y San Pedro Gonçales, y Beato Domingo, ambos hijos compañeros de el gr̄ Patriarca S. Domingo de Guzman, que todos tres emplearon su zelo en el exercito de el S. Rey, todo el tiempo que durò el sitio. Luego venia el Clero, y los obispos, y inmediatamente la Venerable efigie de N. S. de los Reyes, en vn carro triunfal de plata y algo detrás al lado derecho el S. Rey. D. Fernando con la espada desnuda; y al lado izquierdo el Principe Don Alonso, y los Infantes, y luego se seguia innumerable pueblo.

Encaminóse este religioso triunfo, y triunfal processió à la Mezquita mayor purificada, y consagrada en Iglesia por el Ar-

obispo de Toledo Don Gutierre, y colocando en el Tèplo à la Santa Imagen en el mismo carro de plata que estava hecho en forma, que le podia servir de Altar, se cantò el *Te Deum Laudamus*, en accion de gracias, por tan singular favor, como avia hecho Dios à los Christianos, restituyendolos aquella nobilissima Ciudad despues de quinientos y treinta y cinco años que avia estado en poder de Moros; reconociendo el Santo Rey à la Reyna de los Angeles por conquista dora, y vencedora, no atribuyendose à si nada de la gloria, queriendola toda para Maria Santissima.

Viendo ya el Santo Rey à Sevilla en poder de los Christianos, quiso que fuesse Christiana, y religiosa, y para esto dispuso primero lo Ecclesiastico, con liberalidad, y magnificencia, verdaderamente Real; fundò, y dotò la Iglesia Catedral, y Metropolitana, enriqueciendola con heredades, Villas, y lugares con su jurisdiccion. Fundò, y dotò con gruesas rentas el Monasterio de San Clemente de Monjas del Cistel, en los Palacios Reales; el de San Leandro en el cementerio Sevillano, intitulado el Degolladero; el de Santo Domingo de Silos, Orden de San Benito, los Conventos de la Santissima Trinidad, San Pablo, San Francisco, Nuestra Señora de la Merced, Santa Clara, veinte Parroquias, algunas Hermitas, y Hospitales, y la Iglesia de Santa Ana, à donde su vispera cada año llevava de la rienda en vna Acanea, la Imagen de Nuestra Señora de los Reyes. Ordenado lo Ecclesiastico, se aplicò luego al gobierno Politico: convocò Cortes generales, en que concedió grandes inmunidades à los que viniesen à poblar à Sevilla, con que vino tanta gente de Vizcaya, Asturias, Castilla, y Leon, combidados de la fertilidad de el sitio, que no se echò menos la multitud de Moros que la avian faltado. Eligió Ministros, y Iuezes sabios, y rectos para la administracion de la Justicia, y gobierno Civil; y no contento con esto, se ponía todos los dias à vna puerta de vna plaça, cuyas señas se ven oy, à dar audiencia à quantos la querian: instituyó la Hermandad vieja, de que es hija la que oy se conserva en Ciudad Real, para limpiar los caminos de ladrones, y salteadores. Dexò heredados en Sevilla du-

zientos Cavalleros de los que mas se señalaron en la conquista, dando à cada vno proporcionalmente el premio conforme à sus meritos. Truxo artifices, y oficiales de los mas primorosos que hallò en todo genero de Artes, con q̄ reduxo aquella Ciudad en la hermosura de las calles, grandeza de edificios, sumptuosidad, y Magestad de los Templos, al lustre que gozò antes q̄ la ganassen los Moros. Finalmente con suma vigilancia ordenò todas las cosas, que al buen gobierno pertenecian.

Acabada esta empresa, le aconsejavan sus vassallos, que diese buelta à Castilla, y Leon, y visitasse sus Reynos, y descansasse de tan prolijas, y continuadas guerras, pero el les dixo, que se previniesen para la campaña; porque hasta no dexar moro de esta parte de el mar, no era tiempo de descansar, ni tomar reposo. Obedecieron los vassallos, y apenas fuerò necesarias las armas, porque aunque eran muchos los lugares, y fuertes, que faltavan en la possession de los moros, al terror solo, que les causava el nombre de el Santo Rey, se le rendian, y abrian las puertas, y assi en esta, y en las conquistas passadas, echò à los Moros de casi todos los terminos de España, fuera de el Reyno de Granada, q̄ mucho tiempo antes se avia hecho su vassallo, y tributario, y fue còquistado por los Christianos en tiempo de los Reyes Catolicos, Don Fernando, y Doña Isabel. Aviendo echado el Santo Rey los Moros de España, tratava passar à Africa à continuar sus conquistas, y plantar en ella la Fè. Como llegaron estas noticias à los barbaros, y conocian su valor, y sabian su presteza en executar lo que determinava, trataron algunos de ponerse en defensa, los mas, de solicitar su amistad con partidos decentes. Al mismo tiempo embió al Almirante Bonifaz à las costas de Africa, donde hizo diferentes invasiones, siempre con felicidad, con que cobraron mayor temor los barbaros. El Rey de Marruecos solicitò, y consiguió con humildes ruegos la amistad del S. Rey; y pretendiendola despues el Rey de Belamerin, no se la concedió; porque avia pactado con el Rey de Marruecos, q̄ avia de ser enemigo de sus enemigos, y estos dos Reyes eran capitales enemigos, y tenian entre si sangrientas guerras, estimando mas el Santo Rey guardar su palabra Real, que todos los

Reynos del mundo. Otros Reyes de el Africa le embiaron sus Embaxadores, pidiendole paz; pero quando se esperaba, que avia de hazer grandes estragos su espada en el Imperio Mahometano, y dar tantos Reynos á Christo, como coronas á su cabeça, quitó Dios llevarle al Cielo para coronarle de gloria.

De los continuos trabajos, que tomó por la propagación de la Fè, le sobrevinieron varias enfermedades, y la última fue hidropesía. Reconoció, que se acercava su muerte, y el descanso de sus trabajos, y desembarcado de cuidados de gobierno, solo atendió al cuidado de su salvación, y como dize Mariana, en ningun tiempo dió mayores muestras de santidad, q̄ á la muerte. Antes que lo mandassen los Medicos, se confesó para morir, y pidió la Sagrada Eucaristia, truxo la su Confessor el Obispo de Segovia Don Ramon de Lizana, acompañado de el Infante Don Felipe, y los otros Obispos, y numerosa Clerecia. Al entrar el Sacramento por la sala, se arrojó el Santo Rey de la cama, y postrado en la tierra se puso al cuello una soga, que tenia prevenida, tomó vn Crucifixo en las manos, y hiriendo el pecho con recios golpes, con afectuosos suspiros, y tiernas lagrimas, fue discurrendo por los passos de la Passión de Christo, engrandeciendo la misericordia, y piedad de su Señor, y acusando su mala correspondencia, y grandes culpas, pidiendo perdon de ellas por los tormentos, que su Redemptor avia padecido. Luego en alta voz hizo protesta de la Fè Católica, y recibió el Viatico con grandissima devoción. Despues hizo que sacassen de su cámara todas las insignias Reales, queriendo significar, que delante de Iesu-Christo no ay otro Rey, ò que en la muerte todos son iguales, los Reyes, y los vassallos, los grandes, y los pequeños, los ricos, y los pobres, pues todos mueren desnudos, como nacieron. Dadas gracias al Señor, porque le avia visitado, y dignado de entrar en su pecho, llamó á la Reyna Doña Juana, y á todos sus hijos, despidióse de ellos, dandoles buenos consejos, y hizo vn prudentissimo, y discretissimo razonamiento al Principe su hijo, heredero; en que le manifestó sus obligaciones, assi las generales de el Reyno, como las particulares de su persona, el amparo de su madre, y hermanos, el temor

de Dios, la reverencia á los Ecclesiasticos, la estima de los nobles, el amparo de los desvalidos, la administración de la Justicia, la misericordia con los pobres, el Culto Divino, la propagación de la Fè, y otras cosas dignas de tan Santo Principe; y concluyó su razonamiento con estas palabras: Señor, te dexo de toda la tierra de el mar acá que ganaron los Moros, desde el Rey Don Rodrigo. Toda queda debaxo de tu dominio, parte conquistada, y parte tributaria: Si las conservares en el estado en que te la dexo, serás tan buen Rey como yo; si ganares mas, serás mejor Rey, que yo; si la menoscabares, no serás tan buen Rey, como yo. Acabado su razonamiento, se quedó elevado en vn extasis, en que le manifestó Dios compañías de Angeles, que venian á llevar su dichosa alma. Bolviendo de el extasis muy alegre, y risueño, pidió, que le encendiesen una vela bendita, y antes de tomarla en la mano, dixo: Disteme, Señor, el Reyno, que no tenia, y mas honra, y poder, que yo merecia, disteme vida por el tiempo que fue tu voluntad, gracias te doy, Señor, por todo, bolviendote el Reyno con el aumento que he podido con tu favor, y ofreciendo en tus manos mi alma, recibela en compañía de tus siervos; y bolviendose á los circunstantes, les pidió humildemente, que si tenían alguna queixa de el por algun agravio, que les huviesse hecho, le perdonasen; y respondiendo todos, que no tenían ningun agravio que perdonar, sino muchas mercedes que agradecer; alzando con ambas manos al Cielo la vela, dixo: Desnudo nací de el vientre de mi madre la tierra, y desnudo buelvo á ella; y baxando la vela, la adoró en reverencia de el Espiritu Santo. Mandó luego á la Clerecia, que cantasse la Letania de los Santos, y el *Te Deum laudamus*, y al segundo verso, inclinando con gran sosiego los ojos, dió su espiritu en manos de su Criador vn Iueves treinta de Mayo de mil y dozentos y cinquenta y dos. El Obispo de Palencia testifica, que se oyeron aquel día vnas voces, que dezian: *Ea moritur iustus, & nemo considerat*. Y Thomas Bocio añade, que resonaron canticos, y musica de Angeles en este dichoso tránsito. El pergamino antiguo de las antigüedades de España, que cita Don Pablo de Espinosa en las grandezas de Sevilla

Sevilla, dize, que luego que espiró el Santo Rey Don Fernando, se oyeron en los Alcazares Reales de Sevilla, voces celestiales, que con suavissima armonia cantavan la gloria de el Santo Rey. Reynó San Fernando en Castilla treinta y cinco años, en Leon veinte, y vivió segun vnos cinquenta y dos años; segun otros sesenta y tres, y segun otros mas de ochenta, por averdudas, y opiniones, acerca de el año de su nacimiento; pero de qualquiera manera su vida; pareció breve á todo su Reyno, que le deseava eterno, y le tenían mas por padre, que por Rey; y assi fue su muerte tan llorada de los hombres, como celebrada de los Angeles; y nūca España sintió mas la muerte de algun Rey, como dizen los Historiadores; porque los hombres se mesavan las barbas, y las mugeres principales se arrancavan los cabellos, y sin atender al decoro de sus personas, salian por las calles llorando, y poblando de clamores el aire: *Todos lloravan*, dize, *el Obispo de Palencia*, y con dolorosas aclamaciones, dezian: *Ojala, ò no huviesse nacido, ò no huviesse muerto tal Principe, tan feliz en la guerra, tan moderado en la paz, tan piadoso con Dios, tan liberal con los hombres*. Celebraronse sus exequias, primero dia de Junio; sepultaron el Real cuerpo con excesivo concurso, solemnidad, y grandeza en vna Capilla de la Iglesia Mayor, que desde entonces se intitula: *De los Reyes*, celebró Missa de Pontifical el Obispo Don Ramon; y el mesmo predicó despues vn grave Sermon de los elogios de tá Santo Rey; y no solo hizo el Oficio de Difuntos la musica de la tierra, sino tambien la del Cielo, porque al poner el cuerpo en la sepultura, repitieron los Angeles la musica, como testifican graves Autores, que cantava las alabanzas de el Santo Rey. Gravóse vn epitafio en su sepulcro por mandado de su hijo el Rey Don Alonfo el Sabio, escrito en lengua Latina, Hebrea, y Castellana. En esta dize assi.

*Aqui jaze el Rey muy honrado Hernando, Señor de Castilla, é de Toledo, de Leon, de Sevilla, de Cordova, de Murcia, é de Jaen, el que conquistó toda España, el mas leal, el mas verdadero, é el mas franco, é el mas esforzado, é el mas apuesto, é el mas granado, é el mas sofrido, é el mas humilde, é el que mas teme á Dios, é el que quebrantó, é destruyó á todos sus enemigos, é conquistó la Ciudad de Sevilla,*

*que es cabeza de toda España, é preso, y en el postrero dia de Mayo, en la Era de mil dozentos y noventa y dos.*

Divulgóse la muerte de el Santo Rey por todo el mundo, y todos los Reyes, y Principes Christianos la sintieron mucho, y hasta los Infieles hizieron demostraciones de sentimiento. Alhamar Rey de Granada, en sabiendo la muerte de el Santo, mandó hazer en su Reyno grandes demostraciones de sentimiento, y embió cié moros ricamente vestidos, que con cirios blancos asistiesen á sus exequias. Perseveró en este voluntario feudo toda su vida, y despues le continuó sus sucesores, hasta que los Reyes Catolicos conquistaron á Granada. Celebróse el aniversario de el Santo Rey por muchissimos años en Sevilla, con Missa, y Sermon, y era tan solemne, y festivo el dia de su muerte, que cessavan los oficios, cerravanse las tiendas, suspendianse los Tribunales, concurrían ambos Cabillos con toda la nobleza, y de muchas Ciudades, y lugares del Andaluzia innumerable gente, que con sus insignias, y pendones, con ofertas, y blancos cirios rodeavan el sepulcro.

Despues ha sido celebrado San Fernando con alabanzas de todos los Historiadores, de manera, que hablando de el muchissimos, assi propios, como estrāños, todos se hazen lenguas, ò plumas, para alabar á este excelente Rey, sin aver avido envidia, ò passion, que mueva vna lengua, ò vna pluma contra su gloria; y con muchissima razon, porque podemos dezir, que es el Principe mas cabal, que han conocido los siglos si consideramos la junta de prendas naturales, y sobrenaturales; los privilegios de la gracia, y los que llaman de fortuna; porque vnos Principes fueron valerosos, y no Santos; otros Santos, y no afortunados; muchos Sabios, y no victoriosos; otros poderosos en las armas, pero sin el adorno de las letras; no pocos en lo natural perfectos, y en lo sobrenatural viciosos; pero nuestro Fernando fue en lo natural hermoso, y bien dispuesto, sin desdezir de la decencia varonil, entendido, animoso, asable, cortés, magnanimo, liberal, y tuvo en perfecto grado todas las prendas con que se deseava naxca vn Principe; las quales realzó con el estudio de las ciencias, y exercicio de las armas, con que llegó á ser sabio Rey, y